

MICAELA FUENTES.

Cuando desperté estaba desorientado. No sabía cuanto tiempo había transcurrido desde que me había quedado dormido. No portaba reloj ni había visto ninguno en la sala. Eché vistazos a los alrededores y no vi a nadie. De pronto escuché una voz.

–¡Por fin despertó el dormilón! –dijo en tono alegre.

Volteé rápido y distinguí en la oscuridad la silueta de una mujer. La luz se encendió y quedé sorprendido; ¡frente a mí se encontraba la hermosa mujer trigueña que tantas veces había visto junto a Alessio en el hotel! Una mezcla de asombro y vergüenza me hicieron balbucear incoherencias. Nunca antes me había ocurrido algo así. ¡Era un verdadero bochorno!

–¡No te preocupes que no hay de qué avergonzarse! –dijo la mujer amablemente–. El poder de las estatuillas te afectó y te desmayaste. Eso fue todo.

–¿El poder de las estatuillas?– repliqué instintivamente.

–Ya te lo explicaré en otra ocasión, cuando estés más fuerte. Por ahora es bueno que nos presentemos... ¿Qué te parece? –dijo la señora.

Asentí, confuso.

–¡Me llamo Micaela! –dijo y extendió su mano hacia mí. Yo hice lo propio y le correspondí. Me dio un apretón suave.

–Alessio me habló de ti. Dijo que eres el mejor trabajando bajo presión –comentó.

–¿Eso dijo? –comenté extrañado pues no sabía que Alessio tuviera un concepto así de mí.

–Él está ausente ahora pero mañana estará en la casa –dijo de pronto–. Me pidió que te atienda hasta entonces, de manera que no te puedes ir. Mandé a alguien a que te prepare un cuarto y algo de comer.

Me negué. Le dije que tenía cosas que hacer, pero ella insistió y no supe como decir que no. Luego mi mente morbosa hizo que fantaseara con ella.

–No te hagas ilusiones que soy una mujer comprometida –dijo como si hubiera leído mis pensamientos. Me sonrojé. Justo en ese instante me salvó la campana, una señora gordita entró a la sala.

–María te conducirá al cuarto y te llevará algo de comer mientras te das un baño –dijo dirigiéndose a la señora–. En el baño hallarás toallas y sobre la cama indumentaria de dormir.

Micaela era dulce y frágil pero imperativa y contundente a la vez. No se le podía decir que no. Lo único que pude hacer fue aceptar irremediamente y observar su enorme belleza.

Le agradecí su hospitalidad y le pregunté a qué hora llegaría el señor Alessio.

–No te preocupes que para cuando despiertes él estará aquí–me contestó y se despidió.

–Te aconsejo que no te acerques otra vez a las figuras. Ya habrá tiempo para examinarlas sin que te afecten –me sugirió mientras se retiraba de la sala.

Asentí intrigado y sonreí. «¿Qué clase de figuras eran esas?», me pregunté. La señora me condujo al cuarto y me dijo que en unos minutos me subiría la comida.

Una vez en la cama, reflexioné sobre la situación en la que estaba y pensé... «¡Qué estoy haciendo en esta casa!»

En ese instante me vino a la mente el comentario de un compañero que me rescató de la incertidumbre. Él decía que la ciudad de Miami era una ciudad de aventuras y oportunidades de todo tipo. Explicaba su hipótesis con tres razonamientos claves.

Decía que, en primer lugar, esto era debido a que Miami era una ciudad turística por excelencia, segundo, al gran número de individuos adinerados que vivían en ella, y finalmente, a que era un crisol multicultural. Estuve de acuerdo con su proposición, ya que mi situación presentaba los elementos que él describía en su hipótesis.

Todo encajaba perfectamente con mi situación actual. Sus ideas trajeron consuelo a aquella inusual e inédita experiencia de mi vida. Me entregué al momento y me dejé llevar. Después de todo estaba ahí en busca de una oportunidad.